

*Hans-Joachim Neubauer*

**Fama**

Una historia del rumor

Traducción del alemán de  
Germán Garrido Miñambres

 Siruela

El Ojo del Tiempo

*Es la espuma refulgente y saltarina de la superficie, es la oscura e inmóvil profundidad.*

Wilhelm Raabe, *Horacker*

*...y en un principio no supo cómo sería capaz de, con la sola ayuda de sus dos ojos, ver y contemplar todas aquellas maravillas...*

Johann Peter Hebel, *Kannitverstan*

## Introducción

Una soleada mañana de martes, en septiembre del año 2001, las torres del World Trade Center de Nueva York se desploman anunciando la llegada de Fama. Los rumores, conjeturas y teorías conspiratorias comienzan a circular por Internet dando lugar a historias de terror y salvajes especulaciones. Mucho de lo que entonces se daba por falso o se tenía por cierto ha cambiado de signo, haciéndose cada vez más difícil determinar con exactitud, en la vorágine de datos, de quién procede cada información. El 11-S inaugura un nuevo capítulo en la larga historia cultural de Fama, la antigua divinidad del habla. Los rumores han cautivado a los hombres desde siempre, desde siempre les ha enfrentado la cuestión de qué es verdadero o falso, de qué es lo que «la gente» dice. Ya se propaguen de la periferia al centro o en sentido inverso, los rumores provocan pánico, purgas, miedo a la guerra o delirios de victoria, y al hacerlo crean historia. Este libro muestra de qué modo responde la historia, por su parte, a la voz del rumor.

En las páginas que siguen expongo algunas de las imágenes y prácticas relacionadas con el rumor que han ido surgiendo bajo diferentes circunstancias históricas y culturales. Los rumores no están «sencillamente ahí», son figuras complejas que interpretan la historia de la que proceden y en la que influyen. Como sus hermanos «noticia» y «chisme», aparecen en todos los canales informativos: en la palabra hablada, en la prensa, ra-

dio, televisión e Internet. El hecho de que sean «verdaderos» o «falsos» no es tan importante como el que tengan actualidad y demuestren su entidad de auténticos rumores, de noticias que carecen de un emisor identificable. Su medio primario y genuino es la habladuría. Mediante fórmulas del tipo «se comenta», «la gente dice» o «se rumorea», Fama se abre paso hasta los oídos y los corazones de las personas.

La historia cultural del rumor sigue siendo en gran medida desconocida pese a los sugerentes aunque escasos intentos de estudiarla desde una perspectiva científica. El rastro dejado por el «reino de la habladuría» contiene no pocas señales extrañas y enigmáticas; seguir ese rastro implica emprender una tarea llena de riesgos y dificultades. No hay época que pueda conocerse de forma exhaustiva ni teoría que sea válida para transitar cualquier terreno. Aunque los rumores han aparecido en todos los tiempos y lugares imaginables, no existe el relato universal que los abarque a todos. En ese sentido, *Fama* es sólo una historia cultural entre muchas posibles. «Toda historia es una elección», dice Lucien Febvre<sup>1</sup>; y la búsqueda del sentido de los rumores debe decantarse también por determinadas cuestiones. Este libro aborda algunas de ellas. Habrá lectores que se sorprendan de no encontrar en él a Cagliostro, Aretino u otros virtuosos de la fama y sí en cambio a figuras como el esclavo Clemente, el teórico de la murmuración Francis Bacon o Matt Drudge, el hombre de Internet. La selección se deriva de lo que Stechlin denomina la «formación panóptica» del autor, pero además es consecuente con la propia disposición del libro. Muestra, a partir de ciertos ejemplos, las distintas dimensiones de un aspecto hasta ahora poco estudiado de la historia; y, como sucede siempre en la historiografía, sólo las preguntas son susceptibles de ser trasladadas a otros momentos y lugares, no así las respuestas.

La interpretación de la habladuría y el rumor debe necesariamente ir precedida por el conocimiento de su contexto histórico. Los rumores constituyen acontecimientos, relaciones «entre un suceso dado y un determinado sistema simbólico»<sup>2</sup>. No es posible entenderlos si no es teniendo en cuenta que suelen formar parte de una literatura invisible sujeta a un continuo

estado de transformación<sup>3</sup>. *Fama* trata sobre las imágenes que las distintas épocas y culturas han aportado de ese fenómeno, sobre las prácticas sociales con las que se ha conjurado, combatido, estudiado o producido. Lejos de apuntar con ello a la tan cuestionada «retoricidad de la historia», el libro quiere ser una aportación a la historia del habla y la habladería.

Los rumores sólo existen como acontecimientos colectivos y efímeros desde el momento en que son comunicables. Toda poética e historia cultural del rumor encierra por lo tanto una inevitable contradicción: el mensaje oral transmitido está siempre ligado a la actualidad y a la palabra dicha, por lo que el relato incontrolado perdura sólo en aquello en que no es idéntico a sí mismo: en los textos y testimonios escritos o de otra clase. De ahí se deriva la particular relación que mantiene la figura conceptual del «rumor» con el contexto del que procede.

Los rumores son paradójicos, crean la esfera de lo público al tiempo que la representan. Mencionarlos supone apelar a la noticia y a su medio de transmisión, al mensaje y al mensajero. Mi noción del rumor parte de esta realidad y alude en primer lugar a todo aquello que ha recibido tal denominación, entendiendo el rumor como una convención histórica modificable que puede aludir a distintos fenómenos. Al mismo tiempo, el «rumor» es la información actual que un grupo hace circular a través del medio de la habladería o formas afines de comunicación. Lo que todos dicen no es aún un rumor, sí en cambio lo que se dice que todos dicen. Los rumores son citas o variantes de citas que presentan una importante omisión: no llegan a determinar la identidad de aquel a quien se cita, nadie sabe quién habla a través de ellos.

Esta concepción dual permite describir los rumores en su complejidad histórica, como habla social y al mismo tiempo como las reflexiones que esa habla produce en forma de textos e imágenes. Los rumores se reflejan en disquisiciones psicológicas y sociológicas, en anécdotas, biografías, dramas, epopeyas, relatos, películas, fórmulas, cuadernos de investigación, cuestionarios, poemas, libros de historia, iconologías, páginas de Internet, memorias de guerra, panfletos, informes policiales, memorandos de propaganda, novelas, estadísticas, estatuas,



La foto de Fama en Internet: el turista del World Trade Center se convirtió en su momento en una de las falsificaciones más célebres.

vestuarios teatrales, diccionarios, artículos de prensa y otros documentos del arte, de los medios de comunicación y de la vida cotidiana. Cualquiera puede relacionarse con el rumor, ya sea como su objeto, su destinatario o su difusor.

Las dificultades para concretar conceptualmente el rumor se hacen patentes en la existencia de diversos malentendidos. Los rumores no son necesariamente falsos, de hecho carecen de una definición lógica referida a su enunciado, aunque puedan desde luego separarse en «verdaderos» y «falsos». Los rumores no forman tampoco el conjunto más amplio al que pertenece el chisme. El chisme es definible tanto en su forma como en su contenido, se basa en la proximidad calculada entre el chismoso y el que es objeto del chisme, quienes pueden además intercambiar sus papeles. Es la «forma social de la indiscreción»<sup>4</sup> y puede adoptar también la apariencia del rumor, como sucede en su vertiente profesional, el *mobbing*.

Los rumores no son tampoco mentiras. Es cierto que pueden llegar a ser utilizados si se dan el conocimiento y las circunstancias para ello. Lo habitual sin embargo es que la motivación de los implicados desempeñe sólo un papel secundario,

dado que la habladuría carece de un sujeto individual<sup>5</sup>. La persona que oye un rumor y lo transmite se añade a la secuencia de «gente» que conforma el «se», el agente del habla colectiva.

Con frecuencia, un rumor parte de un prejuicio y sus víctimas se convierten en cabezas de turco. Pero el prejuicio por sí solo no es un acontecimiento, sino que forma parte de un sistema cognitivo. Los rumores, en cambio, poseen siempre una cierta actualidad que les permite expresar o potenciar determinados prejuicios latentes sin identificarse con ellos.

El rumor no es tampoco un medio de comunicación, como se ha sostenido en ocasiones<sup>6</sup>. A diferencia de lo que sucede con los medios de comunicación modernos, el rumor demanda la presencia simultánea de al menos dos participantes (lo que no excluye que pueda servirse también de tales medios). El rumor expresa el éxito de un relato y es al mismo tiempo el factor que propicia dicho éxito y su señal distintiva. La estructura formada por el giro introductorio y el consecuente enunciado que se formula en discurso indirecto remite a lo que «la gente» dice. Es, pues, habla mediatizada, dependiente, cita de una cita. De ahí que los desmentidos tengan escasas esperanzas de éxito en el rumor; difícilmente podrán rebatir su oración principal («la gente dice»). El contenido del mensaje («que el presidente de Estados Unidos tiene un *affaire*») permanece inmune al desmentido porque la lógica que rige la enunciación de la frase completa no se ve afectada por él. No es fácil apresar un rumor, pasa de una mano a otra como la patata caliente con la que nadie quiere quemarse. Todo rumor trata a su vez sobre un rumor, es por lo tanto en su esencia una figura retórica, una forma de enunciación. En ello radica su componente siniestro: el relato que transmite encuentra en sí mismo la fundamentación para hablar de los demás. Los rumores son sugerentes y plausibles y además, y en ello se parecen al chisme, tienen poder. Con frecuencia influyen más en el comportamiento y las opiniones de las personas de lo que pueden hacerlo las informaciones contrastadas<sup>7</sup>. El habla sobre los planes, carencias y faltas de las personas renueva las tensiones sociales como lo hace la burla sobre un tercero. En ese sentido la comunidad del rumor se equipara a la risa colectiva<sup>8</sup>: tampoco en el rumor se

está solo, esa es su promesa ambivalente. Se vincula siempre a los miedos, esperanzas y expectativas que desean ser compartidos, siendo la ficción el lugar donde mejor se muestra cómo y por qué se producen.

—Alguien contó además que se habían llevado a los niños, los habían colgado en el bosque, los habían abierto en canal con cuchillos y habían recogido su sangre en cuencos.

—¿Para qué?

—Para hacer una fortuna llevándola al puesto de transfusión sanguínea.

—¡Menuda patraña!

—¿Una patraña? Te estoy diciendo que se llevaron niños, los colgaron en el bosque, les abrieron en canal con cuchillos y recogieron su sangre en cuencos<sup>9</sup>.

Así sucede y así seguirá ocurriendo mientras la gente hable. La cotidianidad del rumor pasa generalmente inadvertida quedando relegada al cuarto trasero de la historia. Surge de la forma menos llamativa a partir de una pregunta o una suposición, no hay argumento posible contra el «te estoy diciendo». La disposición cronológica de este libro no quiere sugerir que los rumores discurran linealmente desde un «origen» hasta una determinada meta<sup>10</sup>. Lo que pretendo es más bien explorar ciertos horizontes, relaciones y paralelismos históricos. Para ello, y recordando que no todo lo que sucede pertenece a la historia, partiré de una selección de casos particulares. Tal y como sostiene Paul Veyne, la historia existe «sólo en relación a las preguntas que le planteamos»<sup>11</sup>.

Mito, fama, rumor, guerra, estigma, control, fórmula: partiendo de algunas figuras conceptuales señalaré «ciertos fundamentos comunes del rumor»<sup>12</sup> y sus ecos históricos. En algún caso me detendré en cuestiones teóricas y problemas relativos a esas figuras si considero que ello contribuye a aclarar el planteamiento general, reservando para las notas el comentario de otros aspectos<sup>13</sup>. Los modelos reflexivos que proponen las figuras conceptuales recuerdan a los esquifes que se construyen con las manos y se lanzan al agua para comprobar si flotan y



ver cómo se deslizan corriente arriba o abajo. Como escribe Fernand Braudel, el momento del naufragio es «siempre el más relevante» de esa secuencia<sup>14</sup>. La validez histórica de mis modelos es limitada, por lo que su vigencia se circunscribe siempre a uno u otro aspecto del rumor.

Para empezar, mostraré la relación de la «voz divina» con el mito griego y los orígenes de la historiografía. Como demuestra entre otros muchos el ejemplo del barbero ateniense, la cuestión del testimonio resulta ya fundamental en este primer momento. Mucho más tarde, el rumor adoptará con los romanos el aspecto de la monstruosa Fama; el segundo capítulo descubre en esta divinidad una estrategia retórica que desea apropiarse de la habladuría política en Roma a partir de un concepto poético.

En épocas posteriores Fama evoluciona hasta convertirse en icono de la gloria. Desde la Edad Media, la habladuría, esa técnica del habla anónima y sediciosa, se acerca a otros modelos como la figura de Rumor. La Primera Guerra Mundial demuestra que los rumores continúan estando presentes en la modernidad, tal y como se destaca en el cuarto capítulo. El perfeccionamiento de los medios de destrucción y la revolución de las técnicas informativas devuelve de pronto a los soldados europeos y a los historiadores a los oscuros tiempos de la oralidad mítica.

Fama ve más allá del presente y del pasado. A esas miradas se dedica un excursus sobre la Virgen María y otros objetos volantes no identificados. La persecución de los judíos ha alimentado desde hace siglos la capacidad fabuladora del rumor. En el quinto capítulo, centrado de forma especial en la literatura, planteo la cuestión de si las ficciones del rumor conllevan de forma inevitable un estigma social.

En las «clínicas del rumor» americanas se diseñan desde los años veinte mecanismos para el control mediático del habla informal que reflejan la necesidad de defender un centro social en decadencia ante la amenaza de una periferia emergente. Por último, me centraré en algunas prácticas y modelos que los científicos manejan desde hace décadas en el estudio del rumor. Lo tratan como una entidad irracional pero mensurable

emplazada en los márgenes de la sociedad, dando con ello una clara muestra de que la larga historia del rumor es ante todo una historia de malentendidos.

La gente corriente, los políticos más poderosos y los grandes artistas han intentado conjurar el rumor con prácticas culturales de diverso signo. Aunque este libro sólo se detiene en algunas de las particularidades de Fama, hay algo que podemos dar ya por sentado: en la era de Internet Fama continuará siendo lo que ha sido siempre, una fatal compañera de la historia.



El Deseo, en cabeza, seguido por el trío formado por la Opinión, la Disputa y el Testimonio y, por último, «Lo mío» y «Lo tuyo». Hendrick Goltzius, *La vanidad es el origen de todo mal* (s. f.).